

VARIA

REPLICA AL ARABISTA CHALMETA

La cortesía es un don que se recibe en la cuna y que rara vez se adquiere después. Admito que el hombre más cortés pierda los estribos y se deje ganar por la cólera ante una injuria. No que replique con descortesía a juicios descorteses. He de esforzarme por tanto en discutir con guantes blancos con Chalmeta. No todos poseemos la virtud de discutir sin incurrir en torpezas de expresión. Además, Chalmeta es arabista y es más fuerte en los miembros de su clan su enemiga a mi labor que cualquier proyección de su talento personal, con excepciones excepcionales que naturalmente no alteran la regla.

Es notoria, o debía serlo, porque lo he referido muchas veces, la historia de mi intromisión en el campo de la historiografía árabe. Cuando me lancé a estudiar los orígenes de la reconquista, allá por el año 1921, hube de consultar muchas crónicas árabes. Me había detenido a examinar el crédito que podía otorgar a las fuentes latinas y no podía conceder a las islámicas un crédito absoluto sin conocer bien sus entresijos. Porque claro está que para mí una historia escrita en árabe no podía, porque sí, merecerme fe plena. Y ya en la obra con que concurrí al concurso académico abierto para otorgar el "Premio Covadonga" dediqué muchas páginas, aún inéditas, a la historiografía musulmana.

Naturalmente, no me quedaba libertad de opción. Los arabistas, consagrados a muy altas y magníficas empresas, no se habían interesado sino muy tangencialmente por las crónicas, historias y compilaciones que yo debía manejar para escribir la historia del reino de Asturias y hube de entregarme a su análisis. Estaban traducidas por grandes maestros españoles y extranjeros. Y no me era imposible estudiar los métodos de trabajo de sus remotos autores, su pro-

bable exactitud o su probable desmesura y sus influencias respectivas; influencias que venían a valorar las más modernas. Es fácil resumir así mi empeño pero su realización me ocupó largas y detenidas jornadas y me obligó a un agudo y detenido esfuerzo. Es seguro que los arabistas lo habrían hecho mejor, pero ni lo habían realizado ni tenían la intención de llevarlo a cabo.

Todavía me acució a la empresa otro problema. Conocía yo la teoría de Brunner que atribuía el origen del feudalismo al surgir de la caballería franca ante la necesidad de resistir a la caballería árabe invasora de las Galias. Mi lectura de las fuentes arábicas me había suscitado el asombro de ver que no había existido tal caballería en la cuantía decisiva para provocar el magno trueque. Especialmente eran definitivos los testimonios del *Ajbār Maʿmūʿa*. Estudié el tema con mi habitual minuciosidad. Preparé una monografía que di a conocer en la "Primera Semana de Historia del Derecho" por mí organizada en 1932. La hice verter al francés y poco después la lei en la *Société française d'histoire du droit*.

Al escucharme, el gran historiador Ferdinand Lot pidió la palabra y me atajó diciendo: "Se apoya Vd. en textos árabes tardíos, el *Ajbār Maʿmūʿa* data de fines del siglo XI y los otros son aún posteriores". Le repliqué exponiendo el avance de mis investigaciones sobre la historiografía árabe y defendiendo la antigüedad del fragmento del *Ajbār Maʿmūʿa* que interesaba al caso. Pero mi polémica parisina me convenció de que debía empezar por publicar mis estudios sobre las fuentes islámicas.

Me consagré entonces a escribir mi libro *El Ajbār Maʿmūʿa. Problemas historiográficos que suscita*. Humildemente sometí mi obra a la crítica del gran maestro don Miguel Asín y de dos distinguidos arabistas, los agustinos P. López Ortiz y P. Antuña. Y solo cuando los tres aprobaron mi texto plenamente, lo di a la Escuela de Estudios Árabes para su publicación. Estalló la guerra. El manuscrito, que estaba en el Escorial, se salvó de milagro; me lo traje a América un hijo de Ortega y Gasset, el arabista argentino Machado Mouret transformó en grafía técnica la mía vulgar y el volumen apareció en Buenos Aires.

Entre tanto, durante los tres años y medio que duró mi estadia en la Universidad de Burdeos me decidí a escribir mi obra *En torno a los orígenes del feudalismo*. El volumen postrero de la misma debía versar sobre *Los árabes y el régimen prefeudal carolingio: La*

caballería musulmana y la franca durante el siglo VIII. Era necesario "atarse bien las bragas", digámoslo vulgarmente, para enfrentar al gran maestro de la historia jurídica alemana. Y para dar sólidas bases a mi teoría me decidí a estudiar detenidamente las *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII.*

Largas y enfadosas jornadas las que hube de consagrar al análisis de tales fuentes. Sin poder consultar a un arabista, pero buceando con detención en los mil problemas que me salían al paso, llevé adelante mi empresa con la prolijidad y el escrúpulo que mis mayores enemigos han de reconocer a mis trabajos. Al cabo de más de un tercio de siglo no ha sido invalidada mi obra, una obra que pacientemente realicé y no solo por mi habitual rigor científico sino para olvidar las amarguras de la guerra y del destierro.

No se ha hecho aún justicia a mi empresa. Primero era grave pecado en España mencionar mi nombre y mi obra. Habían asesinado al P. Antuña en 1936, murió pronto Asín, el P. López Ortiz fue elevado a la silla de Tuy y la nueva generación de arabistas me fue hostil. Tengo perdonada su hostilidad. Y me la he explicado. Les irritaba que un no arabista se atreviese a meterse en libros de caballería. La culpa era empero suya por no haber realizado la empresa que yo acometí.

Muchos años después, García Gómez reconoció mi labor al estudiar el *Fath al-Andalus*, aunque le creyese inspirado en 'Isá al-Rāzi de quien era muy devoto. Le contesté defendiendo mi tesis... y no pasó más. El clan de los arabistas siguió ignorándome. Pero ese silencio no me arredró y yo seguí echando de vez en vez mi cuarto a espadas en temas parejos, y vuelvo a pedir perdón por lo vulgar de la frase. Aludo, por ejemplo, a mi libro *El Islam de España y el Occidente* en que he hecho justicia al saber de los arabistas hispanos; obra que siguen ignorando deliberadamente en la Escuela de Estudios Arabes. Entre tanto, dejándome llevar de mi natural señoría, yo elogiaba las obras de mis enemigos; díganlo si no mis páginas *Ante una versión del collar de la paloma.*

Pero, de pronto, ha cambiado el panorama. Un joven arabista desconocido —desconocido lo era incluso de sus colegas y para mí, ochentón, un hombre de treinta y tantos años es un muchacho— se ha dado al deporte de combatirme. Me consuela que me una en sus desdenes con Menéndez Pidal. Para moverle a hacer justicia a don Ramón debo recordarle que ningún cantar de gesta ultrapirenai-

co ha merecido una obra de la importancia de la consagrada por él al Poema del Cid. Y que ninguna lengua romance tiene hoy un estudio equiparable a sus *Orígenes del Español*. ¡Iconoclasta juventud! Espero arma al brazo sus ataques pero le ruego que se limite a combatirme y que deje en paz la memoria del gran maestro.

Hace algunos meses dije de mis obras sobre la historiografía árabe que le abrumaban sin convencerle. Me irrité, tontamente, porque Chalmeta no tenía y no tiene ninguna autoridad para juzgarme. Soy un hombre de ciencia —a lo menos me he esforzado por serlo— y sé muy bien que toda obra científica es perfectible y está llamada a caducidad. Lo son especialmente los estudios sobre historiografía árabe española porque, para fortuna nuestra, van apareciendo nuevos y nuevos textos que van arrojando nueva luz sobre la historia islámica peninsular y, naturalmente, sobre sus fuentes y sobre las fuentes de sus fuentes. Hombre de ciencia, sabía y sé muy bien que mis obras de historiografía podían ser renovadas y mejoradas. Y nada habría objetado a la afirmación de que por su alejamiento en el tiempo —mi *Ajbār Maʿmūʿa* y mis *Fuentes* tienen más de treinta años— y por mis condiciones personales era forzoso revisar mis conclusiones. Eso de abrumar sin convencer, al mismo tiempo que descubría la impotencia del autor novel frente a mis centones, acreditaba una supina y orgullosa impertinencia.

Se lo diga a Chalmeta en carta privada comentando su estudio *Historia medieval hispano arábica. Al-Andalus XXXVII, 1972*. A esa carta pertenecen estos pasajes: “Sus páginas sobre Ibn Ḥayyān y sobre Ibn ʿIdārī son flojas, muy flojas, especialmente las últimas. Ha olvidado señalar la fecha y la autoridad de las fuentes del *Muqtabis*. Su mera enumeración no sirve para nada. Ha olvidado que Ibn Ḥayyān copia una frase del *Ajbār Maʿmūʿa* sobre el peligro en que el Islam se hallaba en España. Ha olvidado cuánto debe no solo a ʿIsā sino a Aḥmād al-Rāzī y su utilización de anales y de documentos de archivo. Ha olvidado todo el trasfondo de su obra frente a las leyendas y frente a la vida”.

“Sobre Ibn ʿIdārī se le ha escapado el gran problema de su plagio de ʿArib ibn Saʿad que ya vió Dozy, sobre el que insistió Barrau-Dihigo —ha desconocido enteramente a este estudioso— y sobre el que yo traté también. No ha apreciado y valorado las fuentes que auténticamente utilizó para historiar los dos primeros siglos del Islam español. Ni su condición de cloaca por lo que hace al inicio

de los mismos. Ni las dificultades de su cronología. Ni su peculiar técnica historiográfica. Ni su parcialidad. Es pobrísima su enumeración de sus fuentes. Faltan en ella todas las del tomo II. Y, como las del *Muqtabis*, están sin valorar. Debe mucho, a través de Ibn Ḥayyān y quizás directamente, a Aḥmād al-Rāzi¹.

"Se le han olvidado dos estudios míos sobre Rasis. Véalos en mis *Investigaciones sobre historiografía hispana medieval*. Ha fechado mal mis *Problemas de historia navarra*; aparecieron en mis *Cuadernos de Historia de España* de 1956. No ha citado mis dos monografías *El Tercer Rey de España* y *La jornada del foso de Zamora* en que utilicé el *Muqtabis*"¹.

Había dado empero por cerrada la cuestión cuando me llega su estudio *Una historia discontinua e intemporal* (Jabar). *Hispania* XXXIII, 1973. Chalmeta se ocupa en él de varias fuentes árabigas a las que yo había dedicado atención. Poco había podido yo añadir, aunque algo añadí en mis *Fuentes*, a las magníficas páginas que don Julián Ribera había dedicado a Al-Juṣani y a Ibn al-Qūṭīya. Debo aclarar que cada día me parecen ambos más interesantes para conocer la sociedad andaluza de los siglos VIII al X. Complementan los analísticos relatos de la historia hispano-islámica de Ibn Ḥayyān, Ibn al-Aṭīr, Ibn 'Idārī, etcétera. Chalmeta no se ha cuidado empero de marcar bien esos servicios.

Otras dos de las fuentes traídas a capítulo por Chalmeta me dicen en verdad lo que hoy sabemos de ellas. El presuntuoso y joven arabista se ha complacido no solo en contradecirme sino en maltratarme. Si él hubiese sido el autor de mis páginas sobre el *Fath al-Andalus*, mi espíritu de justicia me habría forzado a decir la verdad. Y la verdad es que he dado vida a tal compilación. ¿Qué

¹ En la misma carta le decía: "He vuelto a leer su estudio sobre el feudalismo hispano-árabe. Me perdonará si le digo que da como novedades cosas que yo registré hace casi cuarenta años en *El régimen de la tierra y la organización militar en la España musulmana durante el siglo VIII* y que por no haberme leído está atrasado de noticias. Tampoco ha tenido en cuenta lo que he señalado sobre la perduración del prefeudalismo visigodo en Al-Andalus. Vea mis páginas sobre "Lo pre-musulim en la España musulmana" de mi libro *El Islam de España y el Occidente*. Cuando rehaga su muy interesante estudio, procure distinguir más de siglos, cambian las cosas más rápidamente de lo que parece; distinga bien los regímenes feudal, señorial y dominical y no olvide para conocer la esencia de la sociedad feudal los dos volúmenes de Hilda Grassotti: *Las instituciones feudovasalláticas en León y Castilla*, Spoleto, 1969.

se sabía de ella antes de suscitar mi atención? La feché, estudié su contenido, señalé su valor, registré sus fuentes y apunté su influencia en diversos textos posteriores. Como queda dicho, el gran arabista García Gómez, nunca muy amistoso de mis obras, admitió toda mi labor sobre el *Fath al-Andalus* sin otra diferencia que suponer al autor del mismo siguiendo a 'Isā al-Rāzī y copiado en la Risala del Embajador Marroquí. Le agradecí su aceptación de mi novedosa visión de la obra hasta allí menospreciada, acepté su prueba de que había sido explotada por el Embajador citado y defendí la influencia en ella de Ibn Ḥabīb, de Aḥmad al-Rāzī y de otros autores.

Chalmeta, en lugar de reconocer el esfuerzo que representó mi estudio teniendo por base una pésima versión y la realidad de la renovación por mí de la antigua y desdibujada visión del *Fath al-Andalus*, con registro de sus fuentes —no añade ninguna a las por mí señaladas e incluye conmigo entre ellas a Ibn Ḥabīb y a Aḥmad al-Rāzī—, llega a escribir: “El estudio de Sánchez-Albornoz del *Fath al-Andalus* al tener que basarse en una traducción tan poco de fiar parece especialmente frágil”. ¡Zas! El joven arabista orgulloso da suelta a la bilis antialbornociana. Le desafío a demostrar en qué he errado y qué ha añadido a mi labor.

Es en cambio infantil el intento de Chalmeta de explicar por qué se escribió el *Fath al-Andalus*. Nadie se ha lanzado a una aventura pareja. Los historiadores no han escrito sus obras movidos por una aventura semejante. Los historiadores han escrito sus obras movidos por una irrefrenable vocación y muy excepcionalmente al servicio de un hombre o de un ideal. Pero hasta ahora a nadie se le había ocurrido lucubrar sobre las causas por las que escribieron los Al-Rāzī, 'Arib ibn Sa'ad, Ibn Ḥayyān, Ibn al-Aṭīr, Ibn 'Idārī Ibn Jalḍūn, Ibn al-Jatīb, Al-Maqqāri. Ni sobre el motivo de las otras grandes y medianas historias del Islam hispano. ¿Qué autoridad puede tener para juzgarme quien incurre en tales caídas?

Todavía es más injusto al enfrentar mi libro sobre el *Ajbār Maẓmū'a*. Con una pedantería extrema y para salvar la pobreza de sus páginas escribe: “Pese a lo expuesto, sigue siendo esencial consultar la obra de Sánchez-Albornoz. Aunque disienta de su perspectiva y apreciación general, nadie podrá negarle muchos aciertos parciales”. ¡Qué generosidad la de Chalmeta! Lamento no poder corresponder a ella, porque ni siquiera tiene parciales aciertos.

Después de rechazar mi división del *Ajbār Maẓmū'a* en cinco fragmentos diferentes, acepta en él cuatro partes; porque atribuye a un mismo compilador las dos primeras por mí distinguidas. ¡Qué ligereza la suya! Esos dos primeros fragmentos están fechados en datas muy distintas. Al inicial pertenecen estas palabras relativas a Al-Samah "Tenía [Umar] el pensamiento de hacer salir a los musulmanes [de España]... y pluguiese a Dios haberle dado vida para ejecutar su propósito, porque si Dios no se compadece de ellos, será su fin miserable" (Trad., p. 34). Esas palabras solo pudieron escribirse muy tardíamente, cuando, tras la crisis califal de principios del siglo XI, se ensombreció el porvenir de los islamitas en Al-Andalus.

En cambio, en el para mí segundo fragmento que él une al primero sin razón, su autor, tras describir la victoria de Al-Marwanī, contra Yūsuf al-Fihri, refiere la entrevista del vencedor con su primo el emir 'Abd al-Raḥmān I, dice que éste le otorgó grandes honores y añade "desde entonces hasta ahora no han dejado Al-Marwanī y su hijo de gozar de alta preponderancia" (Trad., p. 93). Y claro está que esa frase atestigua que el cronista escribía reinando el primer Omeya de Al-Andalus o, a lo sumo, durante el reinado de su sucesor. Hiṣām I, es decir, durante el mismo siglo VIII.

Si Chalmeta no fuese un ligero, no habría dejado pasar estos dos pasajes —yo los traje a capítulo— que atestiguan a las claras cómo es forzoso distinguir los dos primeros fragmentos, como hice en su día.

Estos dos textos se alzan, además, contra la infundada conjetura de Chalmeta de que las dos primeras partes del *Ajbār Maẓmū'a* —acabamos de señalar su dispar cronología— se escribieron hacia el 835. En tal fecha no pesaba ninguna grave amenaza sobre el porvenir de los islamitas españoles —'Abd al-Raḥmān II había pacificado el país con mano dura— y no vivían ya sin duda Al-Marwanī y su hijo, combatientes vencedores en 757. Sólo el amargo placer de mojar la oreja a un estudioso de crédito ha podido llevar a Chalmeta a cometer tales dislates.

Las palabras del autor del primer fragmento se oponen además a otra ligereza de mi osado contradictor. A su conjetura de que el *Ajbār Maẓmū'a* se compiló en el reinado de Al-Ḥakam II. A nadie sino a él puede ocurrírsele tal idea habida en cuenta la frase temerosa relativa al califa 'Umar sobre el porvenir de los musulmanes

en la Península. Bajo el califato del hijo de 'Abd al-Raḥman III ninguna nubecilla ensombrecía el mañana del Islam peninsular. No hay un solo historiador que pueda siquiera aventurarse a suponerlo. El temeroso augurio registrado —que repite Ibn Ḥayyān— obliga a retrasar conmigo la compilación hasta el primer tercio del siglo XI.

¡Pero, Señor. Señor, por qué escribir a la ligera para desacreditarme! ¿Qué malhadado orgullo ha movido su pluma? No habíamos de tener esos dos testimonios precisos y nunca podríamos confundir cada uno de los cinco fragmentos. A tal punto es clara la diferente manera de enfocar y relatar los sucesos por cada uno de los autores. Ribera acertó al atribuir a un hombre de armas contemporáneo el relato de las guerras civiles que terminaron con el vencimiento de Yūsuf por Al-Marwanī. Y Asín, López Ortiz y Antuña no dieron en valde el preciso espaldarazo a mi obra.

En su saña antialbornociana, Chalmeta escribe al final: "De lo dicho se desprende la futilidad de pretender rastrear no solo las fuentes del *Ajbar* sino aquéllos que le siguieron". Ninguna confesión más terminante de su falta de criterio científico. ¿Futilidad estudiar las fuentes seguidas por un autor y los autores que le tuvieron por modelo? ¿Cómo podríamos aprovechar los testimonios de los compiladores tardíos sin conocer sus fuentes y los métodos con que las utilizaron? No hay un solo historiador que no se plantease y no se haya planteado tal problema antes de escribir una página de la historia de sucesos remotos. ¡Ay de los que se asomen a la creación histórica dispuestos a olvidar esa precisión ineludible! Están llamados al fracaso. Es decir, a construir sobre arena. Para los auténticos historiadores, es un requisito *sine qua non* el valorar, sobrepesar, analizar el crédito que pueden otorgar a un relato, habida en cuenta su genealogía. ¿Futilidad el buceo sobre las fuentes del *Ajbar Maẓmū'a* y sobre los autores que le siguieron? Esos paralelos fútiles me han permitido emparentar el relato de la conquista islámica en la fuente a que vengo refiriéndome al de Aḥmad al-Rāzī.

Venga Chalmeta en hora buena al estudio de las fuentes arábigas de la historia de España pero con una infinita modestia y una infinita prudencia. Piense que no soy manco, ni manso. Me he alzado contra las altas cumbres de Lévi-Provençal. No iba a dejar pasar sus injurias.

Y a propósito de Lévi-Provençal, Chalmeta no se ha enterado de la disparatada teoría del mismo sobre la compilación del *Ajbar Maẓ-*

mū'a poco antes de la toma de Valencia por Jaime I². Como no se enteró de varios estudios relativos a Ibn Ḥayyān cuando escribió sus páginas sobre el mismo.

Deseo que Chalmeta haga penitencia. Tiene por delante un gran porvenir si abandona su orgullosa megalomanía. ¿Me permite un consejo final? Su iconoclastia puede perjudicarle. Siga adelante su camino estudiando la economía de la España islámica. Pero con escrúpulo exhaustivo para no dejarse al margen fuentes y problemas importantes. Y deje en paz a los viejos estudiosos.

Demostraría un señorío personal que le honraría si, en lugar de combatirme, reconociera cómo he sacado a luz la temprana historiografía relativa a la España musulmana; cómo he renovado las viejas visiones de la obra de Ibn Ḥabīb y del *Tarij Muluk al-Andalus* de Ḥamad al-Rāzī; cómo he rastreado los muchos pasajes dispersos o perdidos de Ibn Ḥayyān; y cómo he procurado afirmar la autoridad de muchos compiladores de uso indispensable para trazar la historia política de los dos primeros siglos del Islam español. Todo ello sin vanidad alguna, con gran temor de errar y conforme a los más rigurosos métodos de la crítica historiográfica.

Todas esas páginas pueden y deben perfeccionarse; naturalmente. si no varía de métodos de trabajo, no será él quien lo consiga. Y me atrevo a preguntarle y a todos los arabistas españoles si no merece

² Es vergonzoso que Lévi-Provençal se atreviera a escribir lo que escribió sobre el *Ajbār Maḥmū'a*. Llegó a decir que había invalidado sus páginas el descubrimiento de algunos tomos del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān. Los volúmenes a que alude referían la historia de la España musulmana durante el siglo IX, referían escribo porque uno se ha perdido. Y el gran valor de la obra por mí estudiada estriba en su relato de las guerras civiles que ensangrentaron Al-Andalus desde la rebelión de los berberiscos (740) hasta el triunfo de 'Abd al-Rahmān I y el vencimiento definitivo de Yūsuf al-Fihri (757). Lévi-Provençal fue más lejos que ha ido Chalmeta; éste ha leído el *Ajbār* de prisa. El insigne arabista y pésimo historiador a que aludo no se tomó el trabajo de leerlo. Y no digo de leerme porque la lectura de mis trabajos le producía urticaria.

Gran arabista, era un pésimo historiador que no sabía aprovechar los textos que le venían a las manos. Recordemos a guisa de ejemplo que publicó los pasajes de Al-Ḥimyarī sobre la batalla de Wadi Lakka o Guadalete y no se enteró. Y tuvo a su disposición los del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān sobre el reino de Pamplona y hube de hacerle notar en París en 1953 la importancia de los mismos que ignoraba y aún cometió dislates al comentarles. Envío para mayores pormenores a mi estudio *La saña celosa de un arabista. Cuadernos de Historia de España XXVII*, 1958, pp. 5-12.

respeto mi honestidad científica al estudiar las fuentes latinas y arábigas de la España islamita del siglo VIII al solo fin de cimentar científicamente posibles conclusiones sobre un tema de historia institucional; para dar paso a una teoría sobre el origen del feudalismo. En honra de la historiografía hispana, puesto que gracias a ese esfuerzo paciente logré asegurar mi teoría frente a la del gran maestro Brunner. ¿Cuántos estudiosos habrían hecho otro tanto? Y, sin embargo, después de ignorar mi esfuerzo más de treinta años, uno de ellos, Chalmeta, se atreve a combatirme sin hacerme justicia y no vacilando ante el frecuente error.

Estoy empero pronto a olvidar agravios si se reconoce la verdad.

CLAUDIO SÁNCHEZ - ALBORNOZ